

# Confesiones navideñas

Laura E. Asturias

Diario *Siglo Veintiuno* (Guatemala), 22-XII-2001

El primer día de diciembre, una empresaria llamó a una radio y comentó que hasta hace poco no disfrutaba las navidades pues sus recuerdos de esos días eran desagradables. Quería relatar algo que la hizo cambiar su actitud apática.

A su oficina llegaba regularmente un lustrabotas, quien una vez le preguntó si le gustaba la navidad. Ella respondió que no. El joven le contó entonces que para esas fechas él y unos amigos reunían lo que algunas personas les daban, lo compartían con otros más necesitados que ellos y siempre se las ingeniaban para armar una buena celebración. La voz y la expectación del muchacho por compartir entre tanta carencia hicieron que ella apreciara con nuevos ojos su personal experiencia navideña.

Hay algo en esas confesiones, tan íntimas, que nos repercute muy adentro. Escuchar la de ella me dejó pensando en mis navidades, no sólo las de mi propia infancia, sino las de muchas otras personas. Y es que si bien en la mayoría de hogares la gente se esfuerza para que en esas fiestas reinen la paz y la armonía, el resultado es a menudo lo contrario.

En mis recuerdos de niñez está siempre la maravilla de las luces, el arbolito, los nacimientos. Y los regalos, claro. No olvido, por ejemplo, la navidad cuando recibí un trinchante de madera y una preciosa vajilla, con la que después mi hermana, mi hermano y yo jugaríamos tantas veces: hicimos una infinidad de pastelitos de tierra y tréboles machacados.

Pero además del brillo y las ilusiones, hay recuerdos que (lo sé) también muchas otras personas guardan de la navidad. En mi caso, los estragos provocados por el alcoholismo de mi padre parecían marcar cada momento. Sí, estaba la expectación de la fiesta pero, junto a ésta, acechaba siempre el temor a lo que vendría después. Porque invariablemente vendría.

Recuerdo las visitas en Noche Buena, de una casa a otra, dando abrazos a cada pariente, comiendo un tamal aquí y uno más allá. Y luego zumbando para llegar a la casa al filo de las doce, toda la familia muerta de miedo porque mi papá, ebrio, corría el carro como endemoniado. Mucho después de la media noche, con la sala atestada de papel arrugado y estrellitas quemadas, con suerte nos íbamos a la cama sin que él hubiera ocasionado algún problema. Tengo muy presentes las veces que salí al patio a abrazar a mi perra, pues ahí, apretada contra su profuso pelaje blanco, se amortiguaban los gritos y pleitos injustificados de un hombre que durante años fue un enfermo alcohólico.

Todas esas difíciles vivencias, no sólo las navideñas, están más que trabajadas y, por lo mismo, perdonadas. Lo que lamento ahora es que mi padre ya no esté vivo para compartir estos días junto a nosotros; que ese alcoholismo, que pudo controlar en sus últimos años, al final le haya ganado la partida. Y, sobre todo, que no pueda ver lo que hemos hecho de nuestras vidas, ni pasar tiempo con sus nietas y nietos, cuya compañía sin duda habría disfrutado.

No voy a negarlo: esas experiencias me marcaron. Y situaciones similares, de angustia y zozobra, marcarán también este año a muchas familias, de no haber una oportuna reflexión por parte de quienes las provocan. La navidad es luces y alegría, pero ésa es sólo una parte de la historia. La otra, para mucha gente, es de un dolor indeleble y a menudo oculto entre cuatro paredes.

Sé que la huella sería hoy mucho más profunda de no haber habido una presencia que hizo la diferencia en nuestra infancia: la de mi madre. Ella ha sido siempre la serenidad dentro del remolino. Y es el mejor regalo que hemos tenido: por algo nació un 25 de diciembre. Es ella quien da el mayor sentido a ese día, como lo da cualquier madre o padre cuya fuerza sostiene hogares como ése en el que me tocó crecer.

Y no puedo cerrar esta columna sin enviar a Argentina toda mi solidaridad por la crisis que atraviesa, a raíz de la estupidez de sus gobernantes. ¡Aguante, pueblo!